



Invierno. José Orozco.

Instantáneas en temas de comunicación

RAZÓN Y PALABRA, Número 5, Año 1, diciembre-enero 1996

"La historia de México es la del hombre que busca su filiación, su rigen. Sucesivamente afrancesada, hispanista, indigenista, pocho, cruza la historia como un cometa que de vez en cuando relampaguea."

El crisol de los mundos

Por :Brenda Hernández Storch

De cara a la ola neoliberal que sacude a los países del mundo entero, los choques entre cosmovisiones, las crisis de valores y todo tipo de fenómenos socioculturales, se han convertido en el objeto de preocupación de muchos estudiosos. Hoy por hoy, los valores definen las inclinaciones y tendencias de cada sociedad, por lo que su estudio y comprensión resultan útiles, como una evaluación propia de la psique colectiva de determinada cultura, misma que puede mostrar los rasgos y patrones de determinado grupo social, para que con base a esto, se construyan caminos, estrategias y proyectos nacionales, en base a un entendimiento de la naturaleza propia.

Es así como me vienen a la mente, apasionantes estudios de Bartra, Octavio Paz o Eduardo Galeano, en los que se nos muestra desde distintos ángulos, a un mexicano de personalidad adolescente, sumido en una crónica crisis de identidad. Los estudios de psicología social convergen en atribuir este hecho, a la memoria traumática que posee el mexicano sobre su origen mestizo, lo que deriva en el odio hacia sus raíces y el rechazo al extranjero. esto, desde luego, no ayuda en nada a la construcción del futuro. Como si no pareciera suficiente, la tendencia globalizadora de la actualidad ha agravado el problema de la identidad mexicana. La profecía McLuhiana , por tanto, ha vuelto a alimentar las mentes de los pensadores e intelectuales interesados en estos menesteres, conforme los signos de la "aldea global" se hacen cada vez más notorios en el intercambio simbólico cotidiano.

Dos tendencias se han hecho claras dentro del fenómeno global: la apertura total aunada a la fusión y la regionalización; es decir, el repliegue nacionalista, exaltador de lo folklórico, al que Pasquali se refiere como "miedo al vacío" . Frente a las fauces de este nuevo orden mundial (nombrado eufemísticamente "globalización") disfrazado de fraternalismo y polveado con filantropía, debemos comportarnos con escepticismo. Es evidente que algunos países (desde luego, los más ricos) están conformando este nuevo mapa global, a la luz de sus propios intereses. Estas modificaciones, son "...útiles a las clases dominantes para preservar su hegemonía y a veces no tener que preocuparse por justificarla."

Algunos filósofos como Paul Kennedy, afirman que este hecho eventualmente nos llevará a un mundo con más países pobres y menos países ricos, y por ende, los pobres serán mucho más miserables. Ante este panorama, debemos detenernos a reflexionar sobre la urgencia de subirnos al tren del primermundismo, caracterizado por la producción en serie y la barbarie en general. Galeano al respecto, lanza una aguda pregunta "¿En realidad queremos ser como ellos? ¿Deseamos hundirnos más y más en la espiral de una sociedad cosificada y violenta? ¿Tenemos prisa por formar parte de un capitalismo salvaje en el que el derecho a la propiedad es más importante que el derecho a la vida?...". Sin embargo, cabe cuestionarse lo que se entiende como "modernidad", las conveniencias y desavenencias que trae consigo el hecho de luchar por adoptar una personalidad que no nos corresponde, sin siquiera conocernos a nosotros mismos. Además, "¿cómo es posible impulsar la modernidad cultural, cuando la modernización económica es tan desigual?" Son tantos y tan diversos los aspectos que se dejan de lado, que la inquietud por el "primermundismo", en nuestro caso, suena tan absurdo como el ponerse ropa nueva con la ropa interior sucia.

Dentro de este marco, el complejo problema de la identidad mexicana presenta enramaciones y encrucijadas diversas: Ya sea el mexicano urbano, o el indígena, el campesino o el chicano, todos nos vemos afectados en mayor o menor medida y en diferentes circunstancias, por el síndrome del axolote bartiano.

Hace ya más de 500 años de la llegada de Colón a América, suceso que puede entenderse como el primer acto globalizador del hombre, que puede calificarse con el adjetivo de "trascendente". Hace también ya casi medio milenio de la caída de la Gran Tenochtitlán, origen remoto del actual México, entonces llamado Nueva España. La historia de la masacre contra los indígenas y de las conquistas de la espada y la cruz, es por muchos de nosotros, bien sabida. La imposición de una lengua, de una religión, de una cosmogonía y de un yugo, son también conocidos hechos que quizás vemos como lejanos. Las conquistas que dormitan como turbios recuerdos que han dejado marcada la personalidad del pueblo mexicano actual, más allá de ser simples pesadillas freudianas, son realidades que se siguen perpetuando hasta nuestros días. Las clases dominantes esclavizan a las paupérrimas. Las élites, dueñas de la información producen y transmiten las formas simbólicas que mantienen día a día una *modus vivendi* ideal para mantener el status quo.

Bajo la luz de este pensamiento, Bonfil Batalla denuncia la imposición de occidente sobre la civilización mesoamericana; la segregación de una cultura en aras de la imposición de lo ajeno; los proyectos excluyentes de unificación cultural, que lejos de promover la unidad, fomentan la eliminación. Esto desde luego, tiene su origen en La Conquista. El choque brutal de los dos mundos dejó a la civilización mesoamericana en calidad de dominada bajo dos rubros: la violencia y la religión. No puede decirse cuál fue peor que otra, ni cuál más destructiva. Queda únicamente el afirmar que ambas fueron inmensurablemente crueles, por lo que causaron bajas impresionantes a los pobladores de una de las más grandes civilizaciones mundiales. El progreso, salpicado de barbarie, permitió que el indio fuera sometido y forzado a "integrarse" a una realidad a la que no pertenecía y nunca ha pertenecido. Jesús y la Guadalupana sustituyeron a sus deidades prehispánicas; el dinero sustituyó al trueque, los tlatoanis fueron cambiados por gobernantes españoles; nada de lo que poseían era para entonces, suyo. El Español se impuso sobre los dialectos herramientas artesanales fueron cambiadas por yugos; su salud por enfermedades; su libertad por feudos; su identidad, por el miedo de verse reflejados a sí mismos, porque los habían hecho creer que no eran nada (en realidad, a eso los habían reducido).

Surge entonces, la idea del rubio como hacendado, poderoso y por ende, bienaventurado. Ahí tiene sus raíces más profundas el desprecio hacia el indio, porque evoca la imagen de pobreza y esclavitud. Quizás por eso los mexicanos tendemos a hacer alarde de las pirámides prehispánicas, como único recuerdo de un pasado glorioso. Los indígenas actuales son reminiscencias de un pasado que no queremos recordar. El carácter y el temperamento del mexicano quedaron marcados traumáticamente por la vejación y la imposición de lo ajeno. Aquí reside la causa de la repulsión al origen mismo; del nihilismo que permanece acurrucado en el subconsciente colectivo: los rasgos propios de nuestra raza se convirtieron en el estigma del dominado: La maldición de la Malinche se cernió sobre nosotros: heredamos el imborrable nebo psicológico de Martín Cortés.

En este orden de ideas, Guillermo Bonfil Batalla nos plantea la existencia de dos Méxicos: el "imaginario" y el "profundo". El México imaginario es el México de todos los días, el urbano, el "desindianizante", aquel al que puede accederse de mejor manera si se es más blanco o más rico. El México profundo, por otro lado, es el México indígena, el que permanece oculto y oprimido, relegado, olvidado. Bonfil Batalla retoma el problema de la identidad mexicana para coincidir con Bartra en la necesidad de que el mexicano acepte sus raíces

indígenas y encuentre en ese pasado que permanece acallado por la represión, el camino hacia un proyecto de nación que no excluya a las etnias autóctonas.

En un país cuya Constitución lo establece como "pluriétnico y pluricultural", resulta indignante el encontrarse con que la misma ley no toma en cuenta la cosmovisión indígena y se ha limitado a imponerle una lengua, educación y en general, un modo de vida que lo margina, excluye y empobrece. Resulta desolador el hecho de que la gente utilice sustantivos como "indio" o "topil" con sentido peyorativo, sobre todo cuando estas

personas presumen a los extranjeros nuestros más

preciados tesoros culturales. Esto sin duda, no es más que un claro ejemplo de la contradicción en la que se ha debatido por siglos la identidad mexicana. Paz, afirma que se sabe hijo bastardo de un padre (España) al que odiaba y de una madre prostituta (México), a la que desprecia y ama al mismo tiempo. De ahí la forma de comportarse del mexicano en cuanto a despreciar a los indígenas, amar a su patria, querr ser blanco y simultáneamente no dejar la riqueza en manos de los blancos.



Las coles. José Orozco.

En 1789 se marcaron las reglas, valores e ideales de la sociedad liberal, bajo la luz de las mentes ilustradas y el contexto de la época. El concepto de "liberalismo" y más propiamente el de "occidente" fraguaron en el crisol de la Francia del siglo XVIII. La fraternidad, la igualdad, la libertad y la justicia, fueron los ideales que perfilaron el carácter de una cosmogonía, que más tarde fue llevada de Europa por vía marítima, a los Estados Unidos. Es así, como una cosmovisión totalmente ajena a la autóctona fue impuesta en latinoamérica y sembrada en las colonias norteamericanas, donde los indios no fueron conquistados, sino exterminados y condenados a vivir en calidad de pieza de museo. Así se les mantiene hasta la actualidad, marginados (aunque en otras circunstancias, como los indígenas mexicanos).

A menudo se dice con abasoluta insolencia que los indígenas son enemigos de la "modernización". Para el mundo moderno o de "occidente" (que curiosamente se ha vuelto más a la semejanza del American Way of Life) antimoderno es lo autóctono y generalmente se olvida de que el zateca, por ejemplo, era capaz de ser astrónomo, astrólogo y poeta al mismo tiempo, porque su mente no estaba coartada por el pensamiento segregador y especializado de la actualidad; su vida no era una lucha, sino una comunión con la naturaleza. En este punto se antoja la pregunta que coincide con la de Galeano ¿qué es primitivo y qué es civilizado? ¿la destrucción y la barbarie son primermundistas?

Más adelante en la historia, 1848 marcó otro momento importante en cuanto al problema de la identidad mexicana. Durante ese año, una buena parte del norte de México, se anexó a los Estados Unidos; entonces, la crisis existencial adquirió un carácter ambivalente: Los mexicanos que viven del lado norteamericano del Río Grande, sufren simultáneamente el conflicto del campesino satirizado: No son "Ni de aquí, ni de allá"; ni españoles, ni indígenas, ni mexicanos ni norteamericanos. Curiosamente, los síntomas de esta personalidad son visiblemente semejantes a aquellos de la marginación indígena. Víctimas de la discriminación, los mexicanos han sido segregados y calificados con términos peyorativos. El chicano, se convirtió al mismo tiempo, en un mexicano traidor y en un lastre social en suelo norteamericano.

En un mundo como el actual, donde las fronteras se desvanecen día con día, el problema de la identidad mexicana vuelve a recobrar fuerza, mientras que el de los chicanos nos presenta un panorama de la fusión cultural con nuestros vecinos del norte. Es verdad que las particularidades de esta fusión dependen de determinados factores que la han caracterizado, pero no debemos perder de vista, la inferioridad con la que se ve al mexicano.

De aquí que hay que cavilar sobre el ingreso al primer mundo, el que no se podrá lograr mientras el mexicano no acepte su pasado y logre encontrar en él, la claridad de su presente. Es preciso que despertemos a la historia, que dejemos de imponernos una amnesia que nos deja como única salida un nihilismo que se agrava cuando importamos modelos extranjeros. Es preciso que trascendamos la etapa adolescente del axolote bartiano, que adquiramos conciencia de nuestra singularidad y que nos entreguemos a un "...momento de

reposo reflexivo antes de entregarnos al hacer...". En esta reflexión debemos aceptar el pasado, para que en la comprensión de un presente, se planee coherentemente un futuro.

BIBLIOGRAFÍA:

ARRIOLA, Carlos. Los Enemigos de la Modernidad. México, Ed. Porrúa, 1994, 25pp.

BONFIL B., Guillermo. México Profundo: Una Civilización Negada. 2a ed., México, Ed. Grijalbo, 1990, 250pp.

BARTRA, La Jaula de la Melancolía, Identidad y Metamorfosis del Mexicano. México, Ed. Grijalbo, 1987, 271pp.

GALEANO, Eduardo. Ser Como Ellos. México, Ed. S. XXI, 1995, 229 pp.

GARCÍA C., Néstor. Culturas Híbridas: Estrategias para Entrar y Salir de la Modernidad. México, Ed. Grijalbo, 1990, 391pp.

KENNEDY, Paul. Hacia el Siglo XXI. Trad. Juan G. López 2a. de., Barcelona, Plaza y Janés, 1993. 480 pp.

PAZ, Octavio. El Laberinto de la Soledad México, Fondo de Cultura Económica, 1977, 191pp.

VILLANUEVA, Tino. Chicanos. México, Fondo de Cultura Económica, 1980, 250 pp.

HEMEROGRAFÍA:

MATTELART, Armand. "Los Nuevos Escenarios de la Comunicación Mundial" en Revista Mexicana de Comunicación, mayo-jul 1995, año VII, No. 40.



[Regreso al índice de este mes](#)

